

Peter Straub

KOKO

La mejor novela de
terror psicológico por
el autor de *Fantasma*.



Koko es un mapa de sangre en Oriente. Es la firma de un asesino. Todos sus crímenes llevan el sello de una mente enajenada, pero también fría, calculadora, detenida en el filo helado de un cuchillo. Esa locura nació en Vietnam, en el escaso espacio vital disponible entre una bomba y otra, entre una emboscada y el silencio que sigue al estallido del napalm. Koko es la locura asentada cerebro que, a partir de entonces, solo funciona para maquinarse muertes. Cada crimen va firmado con su nombre en una carta. Las cuatro últimas cartas —el póker de la muerte— están destinadas a sus cuatro amigos. Tanto da que ellos se reúnan solo para intentar que Koko recupere la cordura. En el último encuentro será la propia muerte quien reparta juego. Peter Straub ha forjado una novela estremecedora por su capacidad incisiva. Un solo hombre asume en su venganza la locura colectiva de la humanidad, desgranada bomba tras bomba.

Índice de contenido

Cubierta

Koko

KOKO

PRIMERA PARTE

LA DEDICATORIA 1. WASHINGTON, D.C.

I

II

III

2. MENSAJE

I

II

3. REUNIÓN

I

II

III

IV

4. LA MÁQUINA DE RESPUESTAS

I

II

III

IV

5. «BEANS» BEEVERS ANTE EL MONUMENTO

I

II

III

IV

SEGUNDA PARTE

PREPARATIVOS PARA LA PARTIDA 6. BEEVERS, DESOCUPADO

I

II

III

IV

7. CONOR, TRABAJANDO

I

II

III

8. EL DOCTOR POOLE, TRABAJANDO Y JUGANDO

I

II

III

IV

9. EN BUSCA DE MAGGIE LAH

I

II

10. CONVERSACIONES Y SUEÑOS

I

II

III

11. KOKO

TERCERA PARTE

LOS JARDINES DEL BÁLSAMO DEL TIGRE 12. HOMBRES
EN MARCHA

I

II

III

IV

13. KOKO

14. RECORDANDO EL VALLE DEL DRAGÓN

I

II

III

IV

15. ENCUENTRO CON LOLA EN EL PARQUE

I

II

III

IV

V

VI

VII

16. LA BIBLIOTECA

I

II

III

IV

17. KOKO

CUARTA PARTE

EN EL GARAJE SUBTERRÁNEO 18. LOS PELDAÑOS AL PARAISO

I

II

III

IV

19. CÓMO MURIÓ DENGLER

I

II

III

IV

20. TELÉFONO

I

II

III

21. LA TERRAZA JUNTO AL RÍO

I

II

III

22. VICTOR SPITALNY

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

QUINTA PARTE

EN EL MAR DEL OLVIDO 23. ROBBIE, CON LINTERNA

I

II

III

IV

24. EN LA CUEVA

I

II

III

IV

V

25. EL REGRESO

I

II

26. KOKO

SEXTA PARTE

EL AUTÉNTICO SABOR 27. PAT Y JUDY

28. UN FUNERAL

I

II

III

IV

V

29. LA RUEDA DE IDENTIFICACIÓN

I

II

III

30. UNA SEGUNDA REUNIÓN

I

II

III

IV

V

VI

31. ENCUENTROS

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

SÉPTIMA PARTE

LA EMBOSCADA 32. LA PRIMERA NOCHE EN EL PFORZHEIMER

I

II

III

IV

V

VI

33. LA SEGUNDA NOCHE EN EL PFORZHEIMER

I

II

III

IV

V

34. EL FINAL DE LA BÚSQUEDA

I

II

III

IV

V

VI

35. LA EMBOSCADA

I

II

III

IV

V

VI

OCTAVA PARTE

TIM UNDERHILL

Sobre el autor

KOKO

Peter Straub.

Considero posible, e incluso recomendable,
que todo suene a *blues*.

FRANK MORGAN (saxo alto)

A Susan Straub y a Lila, J. Kalinich, M. D.

PRIMERA PARTE

LA DEDICATORIA

1. WASHINGTON, D.C.

I

A las tres en punto de una tarde gris y ventosa de mediados de noviembre, un pediatra llamado Michael Poole contemplaba el aparcamiento del hotel Sheraton desde la ventana de su habitación del segundo piso. Una furgoneta Volkswagen, con unos borrosos símbolos de la paz pintados con aerosol en la chapa y conducida por un borracho o un loco, intentaba tomar una curva cerrada en el espacio entre la primera fila de automóviles aparcados y la entrada, provocando un pequeño atasco de coches que hacían sonar sus bocinas en el único carril de acceso. Ante la mirada de Michael, la furgoneta completó el giro incrustando el parachoques delantero en la rejilla y los faros de un pequeño Camaro polvoriento. Todo el frente del coche se combó hacia dentro. Las bocinas volvieron a sonar. La furgoneta quedó ahora frente a una fila inmovilizada y frustrada de vehículos enemigos. El conductor dio marcha atrás y Michael pensó que iba a escapar retrocediendo a lo largo de toda la primera hilera de coches hasta la salida de Woodley

Road, pero el tipo aparcó la furgoneta en una plaza vacía dos coches más allá. Vaya, se dijo Michael, el conductor había sacrificado el Camaro por una plaza de aparcamiento.

Michael había llamado dos veces a recepción para saber si tenía algún mensaje, pero ninguno de los otros tres hombres había llegado todavía. Sin duda habrían tomado el puente aéreo de Nueva York, salvo que Conor Linklater fuera a hacer en moto el largo trayecto desde Norwalk. Michael se recreó en la fantasía de que, apostado allí junto a la ventana, les veía descender de la furgoneta: Harry «Beans» Beevers, el Jefe Perdido, el peor teniente del mundo; Tina Pumo, Pumo el Puma, a quien Underhill había llamado «Lady» Pumo, y el bravo Conor Linklater. Los tres únicos supervivientes del pelotón, además de él. Naturalmente, llegarían a la puerta delantera del hotel cada uno por su lado, en taxi; sin embargo, Michael deseó que fueran ellos quienes se apearan de la furgoneta. No había advertido hasta entonces cuánto deseaba verles. Primero quería ir solo al Monumento, pero estaba impaciente por volver a visitarlo después con ellos.

Michael vio abrirse la puerta de la furgoneta. Lo primero en aparecer fue una mano cerrada en torno al cuello de una botella, Michael reconoció inmediatamente como de *whisky* Jack Daniels.

A la botella de Jack Daniels siguió lentamente un recio brazo y, luego, una cabeza oculta bajo un flexible sombrero de jungla. El tipo entero, que ahora cerraba la puerta de golpe, sobrepasaba el metro ochenta y pesaba al menos cien kilos. Lucía traje de campaña de manchas atigradas. Dos hombres más pequeños, vestidos con parecida indumentaria, saltaron de la puerta corredera lateral de la furgoneta y un hombretón barbudo con una gastada chaqueta de batería antiaérea cerró la puerta del copiloto y rodeó el vehículo por delante para agarrar la botella. El hombre soltó una carcajada, sacudió la cabeza y se llevó la botella a los labios antes de pasarla a otro de sus compañeros. Tanto

individual como colectivamente tenían el típico aspecto de decenas de soldados que Poole había conocido en su vida y eso le llevó a seguir mirando, inclinado hacia adelante con la frente apoyada en el cristal.

Por supuesto, no conocía a ninguno de aquellos hombres. El parecido era genérico. El tipo grandulón no era Underhill y los demás tampoco eran sus amigos.

Michael Poole quería ver gente con la que hubiera estado allá abajo: esta era la pura y simple verdad. Anhelaba una magna reunión con todos los de Vietnam, vivos o muertos. Y deseaba ver el Monumento; en realidad, deseaba amar el Monumento. Casi tenía miedo de encontrarse ante él. Por las fotos que había visto, era hermoso, fuerte y austero. Y entristecedor. Un Monumento digno de merecer su amor. El único monumento que Michael había esperado tener era un homenaje al distanciamiento, pero le pertenecía a él y a los vaqueros del aparcamiento, porque ellos habían cambiado para siempre, eran definitivamente distintos, como los muertos. Juntos, eran todos tan diferentes que, para Poole, constituían casi una patria secreta.

Había algunos nombres que deseaba encontrar en el Monumento, nombres que estaban grabados allí en lugar del suyo. El vaquero grandulón había sacado una hoja de papel del bolsillo de su guerrera y estaba escribiendo algo, medio inclinado sobre el capó de la furgoneta. Los demás descargaban unos petates de la parte trasera del vehículo. La botella de Jack Daniels circuló hasta que el conductor dio un último trago y la guardó en una bolsa de lona.

En ese momento, Michael deseó estar fuera, en movimiento. Según el programa que había recogido en el mostrador de recepción del hotel, el desfile por Constitution Avenue ya debía de haber empezado. Cuando regresara, después de echar su primer vistazo al Monumento, los demás ya se habrían registrado.

Siempre, claro está, que Harry Beevers no se las hubiera ingeniado para emborracharse en la barra del restaurante

de Tina Pumo y todavía estuviese allí pidiendo un martini con vodka más, «solo un pequeño *martooni* más, ya tomaremos el avión a las cinco en lugar de a las cuatro, o a las seis, o a las siete». Tina Pumo, el único del viejo grupo a quien Poole veía con alguna regularidad, le había contado que Beevers se pasaba a veces la tarde en su bar. El único contacto de Poole con Harry Beevers en cuatro o cinco años se había producido tres meses antes, cuando Beevers le había llamado para leerle un artículo de *Stars and Stripes* que le había enviado su hermano acerca de una serie de crímenes aleatorios cometidos en el Lejano Oriente por alguien que se identificaba como Koko.

Poole se apartó de la ventana. No era momento de pensar en Koko. El gigante de la guerrera de camuflaje y el sombrero de jungla terminó de colocar la nota bajo uno de los limpiaparabrisas del Camaro. ¿Qué pondría? *Lamento haberte estropeado el coche, hombre, ven y tómate un trago de Jack...*

Poole se sentó en el borde de la cama y levantó el auricular del teléfono. Tras un instante de vacilación, marcó el número de la escuela de Judy.

Cuando ella respondió, Poole dijo:

—Bueno, aquí estoy, pero los demás todavía no se han presentado.

—¿Quieres que te compadezca? —replicó Judy.

—No, pero pensé que te gustaría saber cómo van las cosas.

—Escucha, Michael, ¿tienes algo especial que decirme? Esta conversación no tiene objeto. Vas a pasar un par de días emborrachándote y poniéndote sentimental con tus viejos amigos del ejército. ¿Dónde encajo yo en esto? Solo te haría sentir culpable.

—Sigo pensando que ojalá hubieras venido.

—Y yo pienso que el pasado pasado está y así ha de quedar. ¿Te dice algo esto?